

para atemorizar á sus adeptos; tampoco soy partidario de los éxtasis que visionarios ignorantes ó viles impostores han imaginado para hacer fortuna ó halagar su miserable vanidad, pero creo en las apariciones y en los sueños que han comunicado á veces un saludable temor ó una vivificante esperanza á espíritus sinceros y piadosamente entusiastas. Los milagros no me parecen inadmisibles á la razon mas fria y mas ilustrada. Entre las causas sobrenaturales que lejos de causar repugnancia á mi espíritu son para mí como vaga creencia como plácentera vision, acepto como posibles las comunicaciones directas de nuestros sentidos con lo que permanece en nosotros y alrededor de nosotros de los muertos que hemos amado. Sin creer que los cadáveres puedan romper la losa del sepulcro y recobrar por algunos instantes las funciones de la vida, imagino algunas veces que los elementos de nuestro ser no se dividen súbitamente y que antes de su difusion un reflejo de nosotros mismos se desprende á nuestro alrededor como el espectro solar hiere con toda su brillantez, nuestra vista, muchos minutos despues de haber desaparecido de nuestro horizonte. Si he de decirte cuánto pasa en mí acerca de este particular, te confesaré que segun una tradicion de mi familia que nunca he tenido valor de rechazar como fábula, la vida existia en tal grado de intensidad en mis antepasados, que su alma al dejar el cuerpo experimentaba el esfuerzo de una crisis extraña, desconocida. Veíase entonces desprenderse su propia imagen apareciendo algunas veces doble y hasta triple. Mi madre aseguraba que en la hora suprema en que mi padre entregó el alma á Dios, vió á cada lado de

la cama un espectro del todo semejante á él, vestido con el traje que llevaba los dias festivos para ir á la sinagoga de que era rabino. Hubiérale sido tan fácil á la altanera razon rechazar esta leyenda que nunca me cuidé de hacerlo. Mi imaginacion se complacia en ella y me hubiera dolido reducirla á la nada con otros errores juzgados. Estos discursos te causan alguna extrañeza. Me has visto rechazar con tanta dureza las tentativas de nuestros visionarios y ridiculizar tan implacablemente sus alucinaciones, que piensas quizá ahora que mi cerebro se debilita en estos momentos, pero no temas. Siento al contrario rasgarse los velos y me parece que nunca he penetrado con mas lucidez en las percepciones desconocidas de un nuevo orden de ideas. En la hora de abdicar del ejercicio de la soberbia razon, conociendo el hombre sincero que no tiene necesidad de defenderse de los terrores de la muerte, arroja su escudo y contempla con ojos serenos el campo de batalla que abandona. Puede entónces ver que la ciencia y la razon tienen sus preocupaciones, sus ceguedades, sus negativas temerarias y sus mezquinas obstinaciones lo mismo que la ignorancia y la impostura ¿Que digo? Ve además que la razon y la ciencia humanas no son mas que descubrimientos provisionales, horizontes mas allá de los cuales seabren otros horizontes infinitos, desconocidos aun y que juzga inalcanzables porque la corta duracion de la vida y la débil medida de sus fuerzas no le permiten proseguir mas léjos su viaje. Ve, que la razon y la ciencia no son mas que la superioridad de un siglo relativamente á otro y dícese temblando que los errores que en su tiempo le hicieron

reír eran la última palabra de la sabiduría humana para sus antepasados. Puede confesar que sus descendientes se reirán igualmente de su ciencia y que los trabajos de toda su vida, después de haber dado su fruto en una estación serán necesariamente rechazados como el viejo tronco de un árbol que se poda. Humílese pues entonces y contemple con filosófica calma esa serie de generaciones que le seguirán y sonríasen al ver el punto intermedio en que ha vegetado, átomo oscuro, imperceptible eslabón de la cadena sin fin. Que diga: He ido más lejos que todos mis antecesores, he aumentado ó depurado el tesoro que ellos habían conquistado. Pero que no diga: lo que yo no he hecho, es imposible hacerlo, lo que no he comprendido es un misterio incomprensible y nunca el hombre superará los obstáculos que me han detenido. Eso sería blasfemia y por tales juicios fuera preciso encender las hogueras en las cuales arroja la inquisición los escritos de los innovadores.

Aquel día, Espiridion se cogió la cabeza con las manos y no se explicó más. Al siguiente, empezó una conversación que parecía gustarle y aliviarle de sus padecimientos.

—Fulgencio, dijo, ¿Que puede significar la palabra *pasado*? ¿Qué acción quiere determinar ese verbo *dejar de ser*? ¿Serán estas ideas creadas por el error de nuestros sentidos y la impotencia de nuestra razón? Lo que una vez ha sido ¿puede dejar de ser, y lo que es, puede no haber sido en otro tiempo?

—¿Es decir, contestó sencillamente Fulgencio que no morireis ó que os veré aun después de haber dejado de ser?

—No existiré y existiré aun respondió el maestro. Si tu sigues amándome, me verás, me sentirás en todas partes. Mi forma estará ante tus ojos por que quedará grabada en tu espíritu; mi voz vibrará en tus tímpanos porque permanecerá en la memoria de tu corazón, mi espíritu se revelará á tu espíritu porque tu alma me comprende y me posee. Y quizá añadió con entusiasmo y como herido por una idea nueva, quizá te diga después de mi muerte lo que mi ignorancia y la tuya nos han impedido descubrir juntos y comunicarnos el uno al otro. Tal vez tu pensamiento fecunde el mío; tal vez la semilla plantada por mí en tu alma fructifique avivada por tu soplo. ¡Ruega, ruega y no llores! Acuérdate que el joven profeta Eliseo pidió como única gracia al señor que le concediese una parte doble del espíritu del profeta Elias, su maestro. Hoy día, todos somos profetas, hijo mío; todos buscamos la palabra de la vida y el espíritu de la verdad.

El último día recibió el abad los sacramentos con toda la calma y la dignidad de un hombre que cumple un acto exterior y que lo acepta como un símbolo respetable. Recibió la despedida de todos sus hermanos, dióles su postrera bendición y volviéndose hácia Fulgencio en el momento en que este viéndole tan fuerte y tranquilo, creía que iba á tener lugar una crisis y que iba á ser devuelto á la vida, le dijo muy bajo.

—Hazles salir, Fulgencio; quiero estar solo contigo. Apresúrate, voy á morir.

Fulgencio acongojado obedeció y cuando estuvo solo con el abad trémulo y lloroso le preguntó de donde sacaba la idea de que su vida iba á concluir

tan pronto, siendo así que se hallaba tan sosegado.

—¿En efecto, repuso Espiridion me siento muy bien y si debiese juzgar por el bienestar que experimento en mi cuerpo y en mi alma, creeria que nunca he estado tan fuerte, ni mejor. Pero es bien cierto que voy á morir; acabo de ver mi sombra señalándome el reló de arena y me hacia señas para que despidiera á todos estos testigos inútiles ó malévolos; dime, á donde llega la arena.

¡Ay! querido maestro, más de la mitad ha pasado al receptáculo.

—Bien está hijo mio..... Dáme el escrito..... colócalo sobre mi pecho y pon enseguida la mortaja al rededor de mi cuerpo.

Fulgencio obedeció; un sudor frio bañaba su frente; el abad le tomó las manos y le dijo aún:

—No me voy..... Todos los elementos de mi ser vuelven á Dios y una parte de mí mismo pasa á tí.

Cerró despues los ojos y quedó piadosamente meditabundo. Al cabo de media hora, los abrió y dijo:

—Este instante es inefable; nunca fué tan feliz..... Fulgencio ¿queda arena?

Fulgencio volvió sus húmedos ojos hácia el reló; quedaban apenas algunos granos. Arrebatado por un movimiento inesplicable de dolor, estrechó convulsivamente las manos de su maestro entrelazadas con las suyas. Las manos de Espiridion se enfriaban rápidamente, sin embargo devolvió el apretón con fuerza y dijo sonriente:—*¡Hé aquí la hora!*

En aquel momento sintió Fulgencio colocarse sobre su cabeza una mano llena de calor. Volvióse de

repente y vió de pié detrás de él un hombre del todo semejante al abad, que le miraba con aire grave y paternal. Dirigió la vista hácia el muerto, sus manos se habian extendido, sus ojos estaban cerrados; habia ya dejado de vivir de la vida de los hombres.

Fulgencio no se atrevió á mirar otra vez hácia atrás. Entre el terror y la desesperacion pegó su cara contra la cama y perdió el conocimiento durante algunos momentos; mas recordando bien pronto el deber que tenia que cumplir, cobró valor y acabó de bubrir á su querido maestro con el paño mortuario. Arregló el manuscrito con el mayor cuidado, puso encima el crucifijo segun la usanza y cruzó los brazos del cadáver encima del pecho. Apenas estuvieron en esta posicion se pusieron rígidos, fuertes como el acero y parecióle á Fulgencio que ningun poder humano era capaz de arrancar el libro á aquel cuerpo privado de vida. No le abandonó ni un minuto y él mismo lo conduja á la iglesia con otros tres novicios; prosternóse allí junto á su catafalco y permaneció sin tomar alimento alguno, ni cerrar los ojos hasta que con sus propias manos hubo soldado el ataúd y que vió colocar la losa que debia cubrirle. Terminado este acto se arrodilló junto á ella y la regó con sus lágrimas. Entonces oyó una voz que le dijo al oido: —*¿Héte pues dejado?* No se atrevió á mirar al rededor cerró los ojos para no ver, pero la voz que habia oido era la de su amigo. Bajo la bóveda del templo resonaban aún los cantos fúnebres y el cortejo de monges desfilaba pausadamente.

En este punto, prosiguió el padre Alejo despues de haber tomado aliento, cesan para mí las íntimas revelaciones de Fulgencio. Al contarme estas cosas

creyó no deberme ocultar nada de la vida ni de la muerte de su maestro; pero fuese escrupulo de cristiano, fuese una especie de confusion y arrepentimiento hácia la memoria de Espiridion, no quiso decirme lo que despues habia tenido lugar entre él y la sombra que le visitaba asiduamente. Abrigo la completa certidumbre de que al principio tuvo numerosas apariciones, pero el temor que le causaban y los esfuerzos que hacia para sus traerse á ellas, hicieron que de cada vez fuesen mas raras y confusas. Era Fulgencio de carácter vacilante y de conciencia timorata. Al perder á su maestro, perdió tambien el encanto que su presencia le causaba, asustóse de cuánto habia oido y quizá de cuánto habia hecho al inhumar el libro. Nadie mejor que él sabia cuan indigna era de la alta sabiduría y de la poderosa razon del abad, la acusacion de mágica; sin embargo, á fuerza de oír decir, despues de su muerte, que Espiridion habia cultivado tan maléficas artes y que habia tenido comercio con los demonios, se aterrorizó Fulgencio con el recuerdo de las cosas sobrenaturales que habia visto y por las que sin duda pasaban á la sazón por él y buscó en la escrupulosa observacion de sus deberes de buen cristiano, sin refugio contra la luz que deslumbraba sus ojos. Lo que es de admirar en ese hombre generoso y recto es que halló en su corazón la fuerza que á su espíritu faltaba, para no hacer nunca traicion ni aun en el seno de las pérfidas ó amenazadoras investigaciones de la confesion, á ninguno de los secretos de su maestro. Ignoróse la existencia del manuscrito y á la hora de su muerte ejecutó fielmente la última voluntad de Espiridion confiándome lo que yo aca-

bo de confiarte á tí. Espiridion habia fundado como estatuto particular de nuestra abadía que todo religioso afecto de enfermedad grave, tendria el derecho de reclamar, además de los cuidados del enfermero ordinario, los de un novicio, ó religioso de su gusto. El abad instituyó este artículo pocos dias antes de su muerte en atencion á los consuelos con que Fulgencio endulzaba su agonía y con el propósito de que el mismo Fulgencio y los demás monges tuviesen en sus últimos momentos el socorro y el alivio de la amistad. Habiendo pues sufrido Fulgencio un ataque de parálisis, fui mandado á su lado.

Sorprendióme la eleccion que de mí hizo en aquella ocasion, pues apenas le conocia y nunca habia mostrado distinguirme, rodeado como estaba de fervientes discípulos y amigos solícitos. Objeto de las persecuciones y de la desconfianza de la Orden durante los primeros años, habia conseguido vivir en paz con todos á fuerza de dulzura y de bondad. Cansados los frailes de lidiar, habian cesado de pedirle cuenta de los heréticos escritos, que sospechaban haber salido de la pluma de Hebronius, persuadiéndose de que los habia quemado. Las conjeturas sobre la grande obra habian dejado de ser moda desde que el espíritu del siglo XVIII se habia infiltrado á través de nuestros muros. Teníamos por lo menos diez buenos padres filósofos, que á hurtadillas leían las obras de Voltaire y de Rousseau y que llevaban el *espíritu fuerte* hasta quebrantar el ayuno y suspirar por el matrimonio. Solo el portero del convento, anciano de ochenta años y contemporáneo de Fulgencio adulaba las supersticiones de lo pasado con el orgullo de lo presente. Hablaba del tiempo antiguo con

admiracion, de Hebronius, con sonrisa misteriosa y del mismo Fulgencio como una especie de desprecio, como de un ignorante holgazan que hubieraa podido comunicar su secreto al convento y enriquecerlo, pero que tenia miedo del diablo y se contentaba con trabajar tontamente por su salvacion. Sin embargo habia aun en mi época cérebros juvenes á quienes atormentaban como problema insoluble la vida y muerte del abad Espiridion. Yo pertenecia á este número; mas debo decir que si bien me inspiraba alguna inquietud la suerte de aquella alma noble en el otro mundo, no participaba de ninguno de los imbéciles terrores de los que no se atrevian á rogar por ella, de miedo que no se les apareciera. Una supersticion que durará mientras haya conventos condenaba á su espectro á errar sobre la tierra hasta que las puertas del purgatorio se derrumbasen ante su arrepentimiento ó ante las súplicas de los hombres. Pero como segun los frailes es propio de la naturaleza de los espectros el irritarse contra los vivos que de ellos se cuidan, á fin de obtener mas misas y rogativas se guardaban todos muy bien de pronunciar su nombre en las conmemoraciones particulares.

En cuanto á mí habia reflexionado amenudo sobre las estrañas cosas que en el noviciado se contaban acerca de las antiguas apariciones del abad Espiridion. Ningun novicio de mi tiempo podia afirmar haber visto ú oido el *Espíritu*, pero habíanse perpetuado ciertas tradiciones en aquella escuela con los comentarios propios de la ignorancia y del miedo, elementos ordinarios de la educacion monacal. Los ancianos que se preciaban de despreocupa-

das se reian de estas tradiciones, sin confesar que tambien ellos les habian dado crédito en su juventud. Por lo que á mí toca las escuchaba con avidez; agradaba á mi imaginacion la poesia de esas relaciones maravillosas y mi razon no procuraba comentarlas. Complaciame especialmente cierta historia que voy á referirte.

Durante sus últimos años, el abad Espiridion habia tomado por costumbre pasear á largos pasos en la gran sala del capítulo desde las doce á la una. Era aquel el único recreo que se permitia y aun lo consagraba á los pensamientos mas graves y sombríos, pues si se le interrumpia en medio de su paseo, se entregaba á violentos accesos de cólera; asi es que los novicios que tenían alguna gracia que pedirle lo esperaban en la galeria del claustro contigua á la del capítulo y allí temblando aguardaban á que diese la una, pues el abad, escrupulosamente regular en la distribucion de sus horas, no prolongaba su paseo un minuto mas ni menos. Algunos dias despues de su muerte, el abad Deodato su sucesor entró un poco despues de mediodia en la sala del capítulo y salió de ella á los pocos momentos pálido como la muerte cayendo desmayado en brazos de vários hermanos que se hallaban en la galeria. Jamás quiso manifestar la causa de su terror, ni contar lo que habia visto en la sala. Ningun religioso se atrevió ya mas á penetrar en ella á aquella hora y el miedo se apoderó de todos los novicios de tal modo que se pasaban la noche rezando en su dormitorio y muchos de ellos cayeron enfermos.

Sin embargo, siendo aun mas fuerte la curiosidad que el terror, hubo algunos bastante atrevi-

dos para estarse en la galería durante la hora fatal. Esa galería está como sabes algunos pies mas baja que el piso de la sala del cabildo, cuyas cinco ventanas ojivas dan sobre ella, y en aquella época lo mismo que hoy estaban adornadas con grandes cortinas de sarga carmesí siempre tendidas. Mas cuales fueron la sorpresa y el espanto de aquellos curiosos novicios cuando por las cortinas vieron pasar la gran sombra del abad Espiridion facilmente reconocible por la silueta de su hermosa cabellera. Al propio tiempo que veían pasar y repasar la sombra oían el ruido de sus rápidos pasos. Todo el convento quiso presenciar aquel prodigio y los espíritus fuertes (en aquel tiempo había algunos) pretendieron que era Fulgencio ó algun otro de los favoritos del abad que se paseaba como él; pero el asombro de los incrédulos fué grande cuando se cercioraron de que toda la comunidad sin exceptuar un solo religioso, novicio ó servidor, se hallaba reunido en la galería mientras la sombra seguía andando y el entarimado de la sala crujía bajo sus pies.

Esto duró cosa de un año. A fuerza de misas y rogativas se satisfizo dicen aquella alma en pena y el primer aniversario de la muerte de Hebronius vió cesar aquel fenómeno. Apesar de esto trascurrió otro año sin que álguien se atreviese á entrar en la sala á la hora maldita. Como en los conventos se aplica á cada cosa un nombre convencional, denominóse ésta hora el *Miserere* porque durante el año que duró el paseo del aparecido, algunos novicios designados por turno tenían obligacion de ir á recitar el *Miserere* en la galería. Cuando esta aparicion cesó y que el convento se familiarizó de nuevo

con los lugares frecuentados por el espíritu, decíase que á la hora del mediodía, en el momento que el sol pasaba sobre el rostro del retrato de Hebronius, veíanse animarse sus ojos pareciendo del todo semejantes á dos ojos humanos.

Nunca esta leyenda me inspiró burlas, ni dudas. Gustábame en extremo oirla contar y mucho antes de la época en que conocí íntimamente á Fulgencio simpatiqué con ese sábio abad, cuya alma agitada no habia podido tal vez entrar en el celeste reposo por falta de amigos bastante animosos ó bastante cristianos y fervientes para pedir y obtener su gracia. Con toda la sencillez de mi fé me constituí abogado de Espiridion cerca del tribunal de Dios y todas las noches antes de dormirme recitaba contritamente un *De profundis* para él. Aunque habia muerto unos cuarenta años antes de venir yo al mundo, sentia hácia él vivísimas simpatias y piadoso cariño, sea porque admirase la grandeza de su carácter del cual referíanse mil notorios rasgos, sea que hubiese en mí cierto presentimiento de que habia de ser su heredero. Verdad es que la heregia me causaba horror y así le compadecia tan extraordinariamente por haber caído en ese error que no podía sufrir oír hablar de sus últimos años.

Sin embargo la prudencia me prohibia confesar éstas simpatias. La inquisicion de los superiores hubiese juzgado un crimen la pureza de mis sentimientos. La eleccion que Fulgencio hizo de mí para ser su amigo y su consolador sorprendió tanto á los demás como á mi mismo. No pocos se resintieron, pero nadie pensó en acusarme, no se desconfió de mí porque yo nada habia buscado. Era yo enton-

ces tan ferviente católico como es posible serlo y sin devoción tenía un carácter de ortodoxia feroz que me aseguraba sino la benevolencia al menos la consideracion de los superiores. Cuatro años hacía que habia profesado y ese *fervor de novicio* que se ha hecho proverbial, no se habia disminuido en mí. Amaba la religion católica con una especie de frenesí; parecíame una arca santa en cuyo seno podía yo dormir con seguridad toda mi vida, sin temer las olas y las tempestades de mis pasiones; sentía en mí una fuerza capaz de pulverizar como el vidrio todos los raciocinios de la sabiduria; las ideas que consigo lleva esa palabra *misterio*, eran las únicas que podian encadenarme porque solo ellas tenían la facultad de gobernarme ó por lo menos la de adormecer mi imaginacion. Complacíame en exaltar la potencia de esa revelacion divina que corta por lo sano todas las controversias y á cambio de esta submission del espíritu promete los eternos goces del alma. ¡Cuan preferible me parecia todo esto á esas filosofias profanas que en vano buscan la felicidad en un mundo efímero y que despues de haber soltado las riendas á los instintos de la materia no pueden recobrar sobre ellos por el raciocinio el menor dominio durable. Sabíame de coro todas la instrucciones escolásticas y profesaba la teologia como un exaltado apóstol haciendo servir todo mi espíritu de discusion y de exámen en demostrar la excelencia de una fé que proscribia uno y otro.

Parecia pues el hombre menos á propósito para recibir las confidencias del amigo de Hebronius, pero un solo acto de mi vida habia revelado en otros tiempos al viejo Fulgencio cuánto podia espe-

rarse de la firmeza de mi carácter. Un novicio me habia confesado una falta que yo le insté para que confesase. No lo hizo y habiéndose descubierto esto así como la confianza que habia depositado en mí se tachó mi silencio de complicidad.

Para absolverme querian que hiciese amplias revelaciones y que con mi delacion completase las acusaciones dirigidas contra aquel jóven. Preferí cargarme toda la culpa, antes que cargársela á él; confesó por fin la verdad y fuí disculpado, pero se acriminó mucho mi resistencia y el prior me dirigió en público reconvenciones que hirieron sobre manera el orgullo que abrigaba en mi seno. Impúsome una penitencia cruel y viendo la sorpresa y el terror que tan severa orden difundia por los semblantes de los trémulos novicios añadió:

Esnos en extremo sensible tener que aplicar el rigor de la justicia á un hombre tan regular en sus costumbres y tan atento á sus deberes cual lo habeis sido hasta la fecha. Desearíamos perdonar esta falta, la primera grave en vuestra vida religiosa y lo haríamos con alegria si manifestarais bastante confianza en nos para humillaros ante nuestra paternal autoridad y si reconociendo vuestros yerros empeñaseis solemnemente vuestra palabra de no reincidir jamás en semejante resistencia á favor de las profanas máximas de una mundana lealtad.

—Padre mio, contesté, sin duda he cometido una muy grave falta pues condenais mi conducta; mas Dios reprueba los votos temerarios; cuando hacemos un firme propósito de no ofenderle mas, obtenemos su asistencia futura, no por los jura-

mentos que formulamos, sino por humildes votos y ardientes rogativas. Seríanos imposible engañar su claravidencia y se reiría de nuestra debilidad y nuestra presuncion. No puedo pues prometer lo que vuestra paternidad me pide.

Este lenguaje no era el de la Iglesia y sin saberlo ni pensarlo, un momento de indignacion acababa de trazar en mí la línea de demarcacion entre la autoridad de la fé y la aplicacion de esta misma autoridad en manos de los hombres. El prior no contaba con fuerzas suficientes para empuñar una discusion conmigo; tomó pues un hipócrita aire de compasion y en tono afligido que disimulaba mal su despecho, dijo:

—Me veré pues en la precision de confirmar mi sentencia puesto que no os sentís con fuerzas suficientes para ofrecerme la seguridad de no caer en una segunda falta de este género.

—Padre mio, repuse, haré doble penitencia por esta.

Cumplíla en efecto y prolongué de tal modo mis maceraciones que se vieron obligados á hacerlas cesar. Sin advertirlo, ó por lo menos sin haberlo previsto encendí profundos resentimientos y causé vivas alarmas en el espíritu de los superiores pues por mi expiacion comprendieron que yo era invulnerable á los tiros de los castigos exteriores.

Fulgencio quedó suspenso y admirado del inesperado carácter que esta conducta revelaba en mí. Escapósele decir que en tiempo del abad Espiridion no hubieran tenido lugar semejantes cosas.

Estas palabras, causáronme á mi vez admiracion y un dia que nos hallamos los dos solos, rogúele se explicase sobre ellas.

—Estas palabras significan dos cosas, contesto él: primero que nunca el abad Espiridion hubiera tratado de arrancar de boca de un amigo el secreto de su amigo; segundo que si álguien se hubiese atrevido á probarlo hubiera castigado la tentativa y recompensado la resistencia.

Sorprendióme aquel instante de abandono, el único quizá á que se habia entregado Fulgencio en muchos años. Poco despues fué cuando cayó paralítico y me llamó cerca de él. Parecióme que al principio estaba muy reservado conmigo y en vano esperé me explicára á que feliz coincidencia debia mi eleccion; viendo que no lo hacia, comprendí que seria poca delicadeza preguntárselo y me esforcé en demostrarle que estaba muy agradecido y me consideraba muy honrado por la preferencia que me habia concedido. Mostróse satisfecho de que le ahorrara esta explicacion y nuestras relaciones se establecieron sobre la base de una tierna amistad y de un afecto filial. Sin embargo la confianza se establecia entre nosotros trabajosamente y eso que pasábamos muchas horas juntos departiendo siempre con aparente franqueza. El buén anciano parecia tener necesidad de referir la historia de sus juveniles años y compartir con un amigo el entusiasmo que sentia por su adorado maestro, Espiridion. Escuchábale yo con placer, muy distante de sospechar peligro alguno para mi fé; tanto interés me tomé por todo cuánto se relacionaba con este asunto que cuando se desviaba de

él, yo lo encaminaba de nuevo. Yo hubiera conservado siempre una especie de desconfianza hacia el abad Espiridion por culpa de los desconocidos trabajos que á tan mal traer le habian traido los últimos años, si los detalles de su vida me hubiesen sido narrados por un católico menos religioso que Fulgencio, pero de él nada se me hacia sospechoso y á medida que por sus relatos iba conociendo á Espiridion, me dejé arrastrar por la extraña y poderosísima simpatía que me inspiraba el hombre sin alarmarme por las conclusiones finales del teólogo. Aquella vigorosa sinceridad y aquella rígida justicia que habia demostrado en todos los actos de su vida hacían vibrar en mi corazón, cuerdas hasta entonces mudas; en fin llegué á querer á este muerto ilustre como á un amigo vivo. Hablaba Fulgencio de él y de cosas de mas de sesenta años como acontecidas la víspera. El encanto y la verdad de sus cuadros eran tales para mí que acababa por creer en la presencia del maestro ó en su próxima vuelta entre nosotros. Permanecía á veces mucho rato bajo el imperio de esta ilusion y al desvanecerse, al volver yo al sentimiento de la realidad, sentia apoderarse de mí una verdadera tristeza affigiéndome por mi perdido error con una sencillez que hacia llorar y reir al buen Fulgencio.

Apesar de la paciente resignacion con la cual sobrellevaba su enfermedad siempre creciente aquel digno religioso, apesar de la alegria que mi presencia le causaba, fácil era adivinar que una pena lenta y profunda le habia corroido toda su vida y cuánto mas declinaban sus dias, mas incremento tomaba aquel misterioso pesar. Finalmente hallándose

próxima su muerte me abrió enteramente su alma, diciéndome que me habia considerado como el único capaz de recibir un secreto de tanta importancia á causa de la firmeza de mis principios y de la de mi carácter. La primera, segun su modo de pensar, serviría para no extraviarme en los abismos de la heregía, la otra me preservaría de vender jamás el secreto del libro. Fulgencio deseaba que no me enterase de lo que la obra contenia, pero segun el espíritu de su maestro, añadía que si alguna vez, perdida la fé llegaba á caer en el ateismo, aquel libro, aunque plagado quizá de heregía me conduciría ciertamente á la creencia de la Divinidad y á las bases fundamentales de la verdadera religion. Desde este punto de vista era un tesoro que no debia nunca olvidarse y mi buen amigo me hizo jurar que en caso de no tener yo necesidad de recurrir al libro, no llevaria este secreto á la tumba, sino que ántes de morir lo confiaria á otro individuo fiel. Hubo mucho embarazo y no pocas contradicciones en las confesiones del buen religioso. Parecia que tenia dos conciencias, la una atormentada por los deberes y los lazos de la amistad, la otra por los terrores del infierno. Estaba tan turbado que me inspiró vivísima compasion y no pensé en juzgar severamente su conducta en momentos tan solemnes y dolorosos; además yo mismo empezaba á encontrarme en la misma situacion que él. Católico y hereje á la vez, con una mano invocaba la autoridad de la iglesia romana, la otra la hundía en la tumba de Espiridion buscando en ella proteccion para mi espíritu de redeldia y de exámen. Comprendí los padecimientos del moribundo

Fulgencio y le oculté los que se apoderaban de mí. Su espíritu se mantuvo firme mientras la urgencia de sus confesiones luchó con los escrúpulos de su conciencia; apenas concluyó empezó á declinar; su memoria se debilitó y hasta pareció olvidarse enteramente del nombre de su amigo. Durante sus horas de calentura se entregaba á las mas minuciosas prácticas de devocion, mientras que yo no hacia otro que recitar rezos y leer salmos; se dormia con el rosario entre manos y se despertaba murmurando: *Misere nobis*. Hubiérase dicho que á fuerza de puerilidades trataba de expiar la costosa energía que le habia hecho desplegar la ejecucion de la última voluntad de su amigo. Este espectáculo me affigia. ¿Para qué sirve una vida entera de ciega sumision, pensaba yo, si á los ochenta años muere uno lleno de espanto? ¿Si los santos bajan á la tumba, pálidos de terror y faltos de confianza en la justicia de Dios, como morirán los ateos y los libertinos?

Una noche atacado Fulgencio por violenta fiebre estuvo agitado por pesados sueños. Rogóme que me sentára cerca de su cama y que permaneciese despierto, á fin de despertarle á él mismo si llegaba á dormirse. A cada instante creía ver un espectro que se acercaba á él, pero inmediatamente manifestaba que no lo veía, y que solo el miedo hacia pasar ánte sus ojos imágenes flotantes y formas confusas. La luna despedía una luz clara y hermosa y esta circunstancia le asustaba muy particularmente. Entónces fué cuando devorado yo por una curiosidad egoista le arranqué la confesion de las apariciones que habia tenido; como su cabeza se extraviaba á cada momento aquella confesion fué muy

incompleta. Todo cuánto pude saber es que el espectro habia cesado de visitarle durante cincuenta años y que solo habia vuelto como cosa de un año ántes de la enfermedad que le llevaba al sepulcro. A la hora en que la luna entraba en su lleno veía al abad sentado á su lado; no le hablaba, pero lo miraba con aire tiste y severo como para echarle en cara su olvido y recordarle sus promesas. De todo esto habia deducido Fulgencio que su postrera hora estaba próxima y buscando á su alrededor á quien poder transmitir el secreto observó que yo era el único con quien podia contar. No quiso hacerme indicacion alguna anticipada á fin de no llamar la atencion de los superiores sobre nuestras relaciones y de no exponerme en consecuencia á sus persecuciones.

Pasóse la noche sin que el espectro se apareciese á Fulgencio. Cuando por la mañana vió clarear el dia, meneó tristemente la cabeza diciendo: Se concluyó, ya no vendrá, solo venia para atormentarme cuando estaba descontento de mí y ahora que he cumplido su voluntad me abandona y sin embargo oh! amado maestro mio, por vos he puesto mi salvacion en tela de juicio y quizá para siempre esté condenado por haberos amado mas que á mi mismo.

Aquel último destello de un cariño mas fuerte que los escrúpulos y el miedo me enterneció profundamente. ¿Qué hombre era pues aquel que sesenta años despues de su muerte inspiraba aun tal espanto, tal afecto y tan dulces penas? Fulgencio se durmió y despertó á mediodia.

—Todo ha concluido, me dijo; siento que la